

de agosto á la vista de Salónica, y el 15 del mismo mes entró en el puerto la escuadra siciliana. Para mayor desgracia el comandante militar de la plaza, David Comneno, no estaba á la altura de la situación, y el ejército de Juan reunido á toda prisa estaba todavía en Filipópolis y avanzaba con lentitud. Por otra parte no había que fiarse de los muchos extranjeros establecidos en la ciudad, italianos, armenios y judíos. En cambio mostráronse muy valientes y pelearon con gran heroísmo el resto de la población, las mujeres y los monjes, acudidos por el arzobispo Eustasio, además de la guarnición compuesta de georgios y de las tropas que habían podido acudir de la Morea. Pero cuando los normandos sicilianos derrotaron la vanguardia del César Juan, procedieron al asalto y el 24 de agosto ocuparon la parte baja de la ciudad, en la cual cometieron infinitas atrocidades, haciendo matanzas en masa, deshonrando á las mujeres, saqueando como una horda de salvajes todo cuanto encontraron, y lo que para los bizantinos era peor, profanando de un modo indescriptible las iglesias y cuantos objetos eran sagrados para ellos. Si los italianos jamás perdonaron ni olvidaron el feroz degüello de Constantinopla, los bizantinos tampoco perdonaron nunca las infamias cometidas por los normandos de Italia en Salónica. Toda reconciliación entre ambos pueblos fué desde entonces imposible. Cuando los bárbaros hubieron saciado su primer furor recabó el arzobispo Eustasio del conde Aldoino alguna misericordia para la población infortunada.

Quedó una tercera parte del ejército en Salónica y las dos terceras partes restantes avanzaron en dirección del Este, ocupando á Serras y Anfípolis, hasta Mosinópolis, donde encontraron resistencia seria; pero el resto de esta guerra no fué ya visto por el viejo Andrónico que aquel mismo año fué alcanzado por la Nemesis implacable.

En todo el año 1185 había ido cambiando la opinión del pueblo respecto de la hiena imperial que poco á poco se había enajenado con sus ferocidades espantosas las simpatías de todo el mundo. En su despecho por la rebeldía de Isaac Comneno que se había proclamado independiente en Chipre hizo lapidar primero y empalar después el día de la Ascension de 1185 en el jardín de Filopatio á dos parientes de Isaac que hasta entonces habían sido sus instrumentos más feroces. Al ver esto los demás sayones y aduladores del tirano concibieron serios temores por sus personas; y esta disposición empeoró cuando Andrónico, con motivo de una conspiración contra su vida, hizo matar á cierto número de altos funcionarios de la manera más horrorosa, acabando sus refinadísimas crueldades con la crucifixión y quema en vida de los infelices en el hipódromo.

El pueblo que mientras no se tocaba á sus personas é intereses solía ver con satisfacción los tormentos y crueldades de que eran víctimas los odiados aristócratas, no estaba sin embargo contento, porque el emperador, severo y poco dispuesto para diversiones ruidosas y populares, no fomentaba ni menos honraba con su presencia las funciones públicas del circo. Así, cuando llegaron las noticias terroríficas de Salónica y de Anfípolis sin que el emperador mostrara gran prisa por atajar los progresos del enemigo, cambió la disposición de las masas populares de un modo muy amenazador.

Este cambio de la opinión no fué suficientemente advertido por el emperador que á la sazón se encontraba con su esposa infantil y sus queridas lejos de la capital en su palacio de Meludion en la costa oriental del Bósforo; ni tampoco hizo caso de la exasperación general y siniestra que se manifestó cuando el pueblo y la aristocracia supieron que el tirano meditaba hacer matar á todas las personas presas por sospechas para aterrar y sofocar toda agitación, tan luego como le pareciese oportuno.

En tan críticos momentos un acto arbitrario y torpísimo del sayon imperial sediento de sangre Hagiocristoforites, hizo estallar la mina dando lugar á una catástrofe de consecuencias incalculables. Augurios astrológicos habían hecho creer á Hagiocristoforites y á otros parciales del emperador que Isaac Angelos, vencido en Nicea y á quien Andrónico no había querido mutilar ni castigar como á los demás rebeldes, porque le pareció demasiado cobarde, insignificante é inofensivo, conspiraba de nuevo. Hagiocristoforites determinó por tanto prenderle por su cuenta y sin el conocimiento del emperador el 11 de setiembre de 1185; pero cuando aquel verdugo sanguinario con algunos de sus satélites penetró al anochecer de aquel día en el patio del palacio que habitaba Angelos en la capital cerca del convento de Periblepto junto á la muralla que protegía la ciudad del lado del Mar de Mármara, viéndose perdido Isaac la desesperación le dió un valor y una resolución que jamás había tenido. Montó á caballo y se arrojó espada en mano sobre los sayones; con un golpe tendió en tierra al miserable Hagiocristoforites; derribó á sus compañeros con su montura y refugióse en la basílica de Santa María, donde inmediatamente se agrupó gente de todas clases de la sociedad en indecible agitación. Como en aquella hora y en aquel sitio no había nadie para impedirlo fué engrosándose la multitud, la cual á la mañana del día siguiente proclamó emperador al acogido al sagrado asilo. Al instante levantóse toda la ciudad, como á una sola voz; los habitantes se armaron, abrieron las cárceles y soltaron y armaron á todos los presos, y en seguida las masas conducidas por el patriarca se dirigieron al palacio donde acababa de llegar de Meludion el emperador. Conoció este al instante que su causa estaba perdida, porque las pocas tropas que había en palacio se mostraron tibias y vacilantes á la vista del pueblo enfurecido. Quiso entenderse con los sublevados, pero no fué escuchado; las masas derribaron la puerta de Carea y se precipitaron en el interior del palacio, dejando al emperador apenas tiempo de deshacerse de las insignias imperiales, cubrirse la cabeza con un sombrero ruso, y mientras el pueblo saqueaba el palacio huir á su quinta de Meludion. En seguida ocupó Angelos el palacio con sus fuerzas, bien que poco tiempo después pasó á vivir en el palacio de las Blaquerías. Andrónico recogió en Meludion á la joven emperatriz y á su querida más favorita, y marchó con ellas y un corto acompañamiento al puerto de Quele en Bitinia con el fin de embarcarse allí para Rusia al otro lado del Mar Negro, pero quiso su mala estrella que vientos contrarios le llevaran otra vez á Quele, adonde entre tanto había llegado la gente enviada por Angelos en su persecución, la cual le llevó bien aherrojado á Constantinopla, donde le esperaban sus muchos enemigos sedientos de su sangre. El nuevo emperador Isaac Angelos, carácter también miserable y villano, no pensaba siquiera en ahorrar á su enemigo tormento ni sufrimiento alguno, y tanto era así que cuando Andrónico le fué presentado cargado de cadenas, permitió que todos los presentes desahogasen su ira en la vieja hiena maltratándole de todas las maneras imaginables y haciendo de él toda clase de ludibrio. Después de esta escena repugnante el nuevo emperador le mandó cortar la mano derecha y llevar otra vez al calabozo. Al cabo de algunos días que el infeliz pasó como puede imaginarse, Isaac le hizo sacar un ojo. Después fué sentado en un camello y paseado por las calles de la capital, donde los aristócratas, el pueblo, los soldados mercenarios y la hez del populacho dieron rienda suelta á sus instintos feroces atormentándole durante muchas horas hasta que finalmente le colgaron de los pies en dos columnas junto á un monumento que representaba una loba y una hiena, en cuya posición espiró, pero

sin dar á sus implacables verdugos la satisfacción de exhalar un solo grito de dolor, limitándose á repetir estas palabras: «¡Señor, apiádate de mí! ¿Por qué rompes una caña quebrada ya?» Al cabo de algunos días fué descolgado el cadáver y arrojado en un sótano del hipódromo y finalmente sepultado al lado del convento de Eforo.

Este fué el fin terrible que tuvo el reinado de la antigua familia de los Comnenos. La nueva dinastía que la había derribado de una manera tan súbita, impensada y terrible, perdió también el imperio para siempre con una rapidez vertiginosa. Los individuos de la familia Angelos que á la sazón vivían eran todos inmensamente inferiores á los Comnenos, tanto en inteligencia y talento como en vigor y firmeza, á pesar de sus lazos de próximo parentesco de sangre con la familia del gran Alejo I, con la cual también en los últimos tiempos estaban unidos por diferentes matrimonios. El fundador de esta familia de tan elevada y antigua nobleza, pues era una de las principales del imperio, fué un noble de Filadelfia en el Asia Menor, llamado Constantino Angelos ó el Angel, que casó con Teodora, hija de Alejo I. Era abuelo del nuevo emperador Isaac Angelos, el cual no tardó en probar á los bizantinos que el hado no le había destinado á ser el salvador del imperio. Contaba aproximadamente 30 años cuando fué proclamado emperador; había recibido una educación esmerada, como solían recibirla los hijos de las familias patricias, y participaba de las ideas tradicionales ambiciosas y elevadas de los Comnenos, pero solo sabía manejar el antiguo arte, ó las artimañas más feas de la diplomacia, porque de los sentimientos caballerosos, de la conciencia de su valor y de la voluntad de hierro propios de aquella familia nada había heredado.

Sin embargo apenas se hubo restablecido el orden, toda la nación respiró, alegre de verse desembarazada del terrible Andrónico, alegría que se aumentó luego mucho más cuando el general Alejo Branas, al cual Angelos había tenido el buen acierto de nombrar general en jefe de las fuerzas bizantinas de la capital y acantonadas en el país hasta el río Mariza, derrotó por completo al ejército normando-siciliano cuyos buques hacían ya ondear su bandera insolentemente en las mismas aguas de Constantinopla.

Este eminente militar supo aprovechar hábilmente las faltas de los normandos. Hallábanse los enemigos desmoralizados á consecuencia de los excesos cometidos en Salónica y además diezmados por una epidemia (disenteria) originada por el gran consumo de uvas. Por otra parte engreídos de su fuerza y arrojo, burlábanse de las fuerzas bizantinas á las cuales tenían en poco y no se cuidaban de vigilar. De improviso atacó Branas las avanzadas normandas cerca de Mosinópolis, y las derrotó, y lo mismo hizo luego el 7 de noviembre de 1185 con el grueso del ejército cerca de Anfípolis y Demeriza, haciendo 4,000 prisioneros, entre ellos el pretendiente Alejo y los dos condes Aldoino y Acerra. Gran parte de la tropa prisionera tomó servicio en las filas bizantinas; muchos de los demás individuos murieron de hambre por la incuria calculada del emperador Isaac que así se vengó de sus depredaciones, y el resto del ejército huyó á la desbandada hasta Salónica. No pudiendo tampoco sostenerse allí, unos se refugiaron á bordo de sus buques anclados en el puerto de Salónica, que habían acudido á toda prisa desde el Mar de Mármara, y los demás, completamente desmoralizados, siguieron por tierra en dirección de Dirraquio.

En la primavera del año siguiente solo conservaban los sicilianos á Dirraquio y las islas Jónicas, dadas por el rey Guillermo en feudo al almirante Margaritone. Este después renunció voluntariamente á Dirraquio y en 1191 también á

la isla de Corfú, quedándose solamente con las islas de Cefalonia y Zante las otras menores. Estos fueron otros trozos del imperio que como Chipre nunca más volvieron á unirse con él.

Malsimas consecuencias tuvo una tentativa, por lo demás feliz, de Isaac, para evitar otras pérdidas territoriales en la parte del Danubio. El rey Bela III de Hungría había aprovechado la mala situación del imperio para conquistar la Dalmacia griega tan luego como supo en 1183 el infame asesinato de su cuñada la emperatriz-viuda María, ejecutado por orden de Andrónico. Muerto ya este último, fué fácil á su sucesor Isaac arreglar el asunto, bien que Bela ya había penetrado con su ejército en la tierra búlgara, y llegado hasta Triadiza. Para asegurar más la paz casóse Isaac con Margarita hija del rey Bela, aunque la joven solo contaba entonces 10 años. Este casamiento fué lo que dió lugar impensadamente á un cataclismo que por poco acaba para siempre con el imperio bizantino.

Entre los muchos defectos del emperador Isaac era uno de los más perniciosos su afición al aparato que le hacía dedicarse más á la parte representativa de su elevado cargo, que á los deberes de gobernante; de suerte que más se servía de su poder para divertirse que para hacer la felicidad de sus pueblos. No obstante ser devoto fanático, era apasionado por los regalos, las diversiones y el fausto de la corte; y le gustaba exhibirse en público en sus ropajes imperiales suntuosos. Otro defecto no menos desastroso era su furor por las construcciones para mayor desgracia inútiles, pero por supuesto suntuosas. En lugar de desahogar esta pasión en la construcción de hospitales y otros establecimientos de beneficencia, gastó sumas enormes en caprichos necios que habían de pagar los contribuyentes, y sobre todo los de las provincias, á varias de las cuales, como las de la Grecia antigua, despojó de innumerables y famosas obras de arte, en especial mosaicos, cuadros y todas aquellas que podían servir para adornar iglesias.

Por otra parte nada hizo para mejorar la administración ni el gobierno, en cuyo ramo dejó caer en desuso las disposiciones útiles de su predecesor Andrónico; de suerte, que las arbitrariedades, extralimitaciones y otros abusos de los empleados altos y bajos, en particular de los del fisco, volvieron á estar muy pronto en moda; y si á esto se añade que para proporcionarse recursos rebajó la ley de las monedas y aumentó los impuestos, tendremos una idea del lamentable estado del imperio y del porvenir que esperaba al pueblo bizantino. El vergonzoso gobierno de los emperadores de la familia Angelos acostumbó poco á poco á los bizantinos á mirar con indolencia creciente la destrucción inevitable del imperio en un porvenir más ó menos lejano, pareciéndoles igualmente indiferente que se descompusiera en cierto número de Estados independientes, ó que sus diversas provincias pasaran á formar parte de otros Estados. El gobierno de Isaac, y en general el de los Angelos, mató el espíritu nacional y sembró la indiferencia y el desaliento.

Y sin embargo ya en 1186 una terrible catástrofe habría debido servir de aviso á Isaac para hacerle entrar en otra senda.

Su casamiento con Margarita, la joven hija del rey de Hungría, ocasionó en la corte de Constantinopla grandes gastos en galas, fiestas y regalos; y para sufragarlos decretó el emperador una contribución extraordinaria. Abrumado ya el país de cargas insoportables, esta nueva producción una excitación inmensa en todas partes, pero más violenta que en ninguna otra en la población rural de la Bulgaria danubiana, donde los recaudadores imperiales, á falta de dinero, se llevaron el ganado vacuno y lanar de los labradores y



pastores. En el distrito de Anquialos y en los Balcanes la efervescencia llegó á tal punto, que tres notables búlgaros, los hermanos Asen, Pedro y Juan, de Tirnova, que pasaban por descendientes de los antiguos khanes chichmanidas, creyeron el momento favorable para sublevarse y restablecer el imperio búlgaro. Para esta empresa contaban con la población válica que en el transcurso del tiempo se había aumentado considerablemente, y también con el auxilio del khan servio Estéban I Némaña, que había aprovechado la invasión de los húngaros en 1183 para hacerse independiente de Constantinopla, y que despues había sometido á los demás caciques de su pueblo y aun una parte de la Bosnia á costa del imperio.

Los tres hermanos organizaron la empresa con habilidad suma. Junto á una iglesia fundada por ellos y dedicada á San Demetrio, proclamaron la libertad del pueblo búlgaro y del válico haciendo correr entre las masas ignorantes y fanáticas que San Demetrio, ofendido de la profanación de sus iglesias y santuarios en Salónica por los normandos, había retirado su protección á los griegos que no habían sabido defender á su patron, y se había retirado entre sus fieles válicos que desde antiguo tan gran devoción le tenían, y á quienes pensaba prestar su auxilio en la próxima lucha por su libertad é independencia. Esto inflamó el entusiasmo de todos los habitantes del país situado entre los Balcanes y el Danubio, los cuales proclamaron á Pedro *czar de los búlgaros y griegos* en 1186, y en seguida instalaron en Tirnova un metropolitano independiente para la Iglesia búlgara.

La guerra se hizo de parte de los búlgaros con repugnante ferocidad, pero no por esto adelantaron en su empresa. Su ataque contra la antigua capital Preslao fué rechazado; y al invadir la Tesalia sufrieron una derrota tan terrible, que sus jefes tuvieron á gran fortuna poder pasar de nuevo el Danubio y refugiarse en el territorio de los cumanos, que habían sucedido allí á los pechenegos. Al año siguiente, Asen pasó el Danubio y los Balcanes reforzado con un ejército auxiliar de cumanos, mientras las huestes servias tenían ocupadas muchas fuerzas griegas en el Norte de Macedonia y de Albania; pero el tío del emperador, el belicoso Juan, derrotó á este segundo ejército de búlgaros y cumanos. Isaac, siempre desconfiado, relevó de su cargo á su tío y puso en su lugar á Cantacuzeno, militar incapaz que fué derrotado en la primera acción; pero sustituido en el acto por Alejo Branas, casado con una sobrina de Isaac, el nuevo general combatió impetuosa y victoriosamente á búlgaros, válicos y cumanos. Detúvose sin embargo en medio de su carrera victoriosa y se hizo proclamar emperador mientras sus parciales se apoderaban de la escuadra. Era una esperanza de salvación para el imperio, y por un momento pareció que se había vuelto á encontrar un hombre capaz de sacarlo del fatal derrotero por donde lo llevaba el insensato Isaac Angelos, que se dejaba celebrar como «representante de la divina Providencia en la tierra, al cual todo le era permitido.» Pero la esperanza duró poco, pues por desgracia del imperio Isaac encontró un esforzado adalid que le salvara. Este fué Conrado el joven marqués de Monferrato que había llegado á Constantinopla de paso para la Siria, con intención de detenerse algun tiempo en la capital bizantina; y tan hábilmente supo conducirse que Isaac le dió en matrimonio su bella hermana Teodora y le nombró César.

El marqués Guillermo (VI) II de Monferrato, llamado el viejo, había tenido cuatro hijos de su esposa Julita de Austria, hermana política del emperador Conrado III de Alemania, de la familia de Hohenstaufen. De estos cuatro hijos, según ya sabemos, Rainero murió en Constantinopla envenenado con su esposa por el emperador Andrónico. El ma-

yor, Guillermo III, á fines del año 1176 marchó á Palestina á causa de la muerte de Amalrico rey de Jerusalen para apoyar enérgicamente como esposo de la princesa Sibila al hermano de esta, Balduino IV, que sucedió á su padre Amalrico en el año 1173 y reinó hasta 1184. Por desgracia Guillermo murió también á los pocos meses, y su viuda se casó al cabo de algun tiempo con Guido de Lusignan, el cual por este motivo heredó la corona de Jerusalen á la muerte de su cuñado Balduino IV en 1184. Tres años despues el temido y valiente sultan Saladino llevó sus armas contra Guido de Lusignan, y en tan grave apuro acudió á su auxilio, entre otros muchos notables caballeros europeos, el viejo marqués de Monferrato Guillermo II, que en el año 1183 había ido á Palestina, adonde mas adelante le siguió su hijo Conrado dejando el marquesado de Monferrato á cargo de su hermano menor el eminente Bonifacio II.

Conrado pues, casado ya con la hermana de Isaac, marchó con sus caballeros italianos, un batallón de varangos y varias secciones de tropas bizantinas, turcas y georgianas contra Alejo Branas, á quien mató en singular combate en el primer encuentro que tuvieron, lo cual bastó para que los sublevados se dispersasen.

Llegó entonces á Constantinopla la terrible noticia de que Saladino había aniquilado al ejército cristiano de Siria en la sangrienta batalla del 5 de julio de 1187 cerca de Hatin, habiendo hecho prisionero al viejo marqués de Monferrato. Súpose también que el Sultán se preparaba para dar nuevos golpes al poder cristiano, y entonces Conrado con el deseo de libertar á su padre y estando además á la sazón reñido con su cuñado el emperador Isaac, salió de Constantinopla dirigiéndose á Tiro. En Siria hizo Conrado milagros de heroísmo, pero acabó su vida el puñal de un asesino el 28 de abril de 1192.

En 1188, despues de la partida de Conrado, tuvo Isaac la suerte de hacer prisionera á la esposa del *czar búlgaro* rebelde, con lo cual consiguió de este una tregua. Esta tregua no le dió el reposo deseado, porque apenas firmada ocurrió un nuevo suceso trascendental para el imperio bizantino, que necesitó toda su atención, diplomacia y fuerzas para hacerle frente. Era una nueva cruzada poderosa, y esta vez bien dirigida, y acaudillada por el famoso emperador de Alemania Federico Barbaroja, cruzada que dió lugar á combinaciones políticas enteramente nuevas, inesperadas y extrañas.

En 1188 el emperador alemán concertó en Nuremberg con una embajada bizantina todo lo concerniente al paso de los cruzados por el imperio. Hecho este concierto, envió una comisión compuesta de un obispo, varios condes y cien caballeros á Constantinopla para velar allí por el exacto cumplimiento de lo estipulado; pero tan grande era la desconfianza del gobierno bizantino desde 1182 respecto de las intenciones de los soberanos de Occidente, que se aumentaron sus temores extraordinariamente cuando en la primavera del año 1189 se aproximaron á la frontera del imperio los alemanes en número de 80,000 hombres escogidos. El sultán turco de Iconio, Kilich-Arslan, se declaró en favor del emperador Federico por temor á Saladino, y entonces Isaac Angelos por su parte hizo con el Sultán de Egipto un tratado de alianza por lo que pudiera ocurrir cuando tuviera un ejército extranjero tan formidable en sus estados. En este tratado concedió á Saladino el derecho de construir en Constantinopla una mezquita para uso de los mahometanos establecidos allí y los transeúntes, y le prometió crear toda clase de obstáculos á la marcha de los cruzados.

Si el emperador Federico hubiera sido un hombre como Roberto Guiscardo, y no hubiese seguido con resolución inquebrantable su objeto principal de hacer la guerra á Sala-

dino para arrancarle la Palestina, podría haber tenido malísimas consecuencias para el imperio bizantino aquella alianza arriesgada de Isaac con el Sultán, tanto mas cuanto que el emperador bizantino en su orgullo no quiso tratar á Federico Barbaroja como emperador, sino solo como príncipe supremo de Alemania. Federico á su llegada á Filipópolis en 26 de agosto de 1189, enterado por comerciantes armenios de la verdadera y triste situación interior del imperio, y habiéndole ofrecido su alianza los búlgaros y servios, se limitó al simple papel defensivo pero enérgico en vista de la no disimulada hostilidad de los bizantinos no apoyados por suficientes fuerzas militares ni por la energía necesaria; y despues de quedar vencedor en un encuentro cerca de Filipópolis, establecióse en la Tracia con el cuartel general cerca de Adrianópolis como en país conquistado para pasar allí el invierno. En este tiempo, apoyado en sus fuerzas imponentes negoció con el emperador el libre paso de los Dardanelos que se efectuó despues de haber firmado el convenio á principios de febrero de 1190, entre el 22 y 28 de marzo inmediato cerca de Galipoli. No cesaron sin embargo los bizantinos de crear traicionablemente toda clase de obstáculos en el Asia Menor al ejército alemán, el cual pasó por Filadelfia en dirección al país ocupado por los turcos seldyúcidas, y destruyó esta potencia limítrofe del imperio con gran provecho de este. Tantas dificultades y vejaciones impuestas al ejército de los cruzados hicieron entonces nacer entre los occidentales la idea de conquistar aquel riquísimo imperio y repartírselo entre los diferentes soberanos, idea que fué arraigándose cada vez mas á medida que conocieron el país, su cultura y su riqueza.

Los turcos seldyúcidas habían aprovechado astutamente la debilidad del imperio despues de la muerte de Andrónico, y el apuro en que estuvo á causa de la sublevación búlgara. Kilich-Arslan había saqueado bárbaramente todas las provincias fronterizas, pero mas que ninguna la circunscripción militar de Tracesio, á la cual había prometido dejarla en paz mediante un tributo anual, pacto que no le impidió apoyar cuando le convino la causa de algun pretendiente. Cuando el emperador Federico Barbaroja entró en su territorio en 1190 se encontró con que su aliado Kilich-Arslan II había renunciado al trono, y repartido sus dominios entre sus diez hijos, tocando la capital y el territorio de Iconio á Cutbedin, que se había casado con una hija de Saladino, y pasado en su consecuencia al partido de este. Recibió pues Cutbedin á los alemanes como enemigos invasores; pero estos contestaron con sus mandobles formidables; dispersaron á los turcos en todas partes; se apoderaron en 7 de mayo de 1190 de la plaza de Filomelion; y el 18 del mismo mes destruyeron el grueso de la hueste seldyúcida delante de Iconio y tomaron esta capital por asalto.

El 10 de junio siguiente ahogóse Federico Barbaroja en el río Salef junto á Seleucia en la Cilicia, con el cual quedó la cruzada sin jefe y se disolvió. Sucedióle en Alemania su hijo Enrique VI, hombre atrevido y de proyectos ambiciosos, que desposado en 1184 con la heredera del reino normando de Sicilia, la princesa Constanza, se casó con ella en 1189 cuando quedó huérfana, y heredó de consiguiente el reino de Sicilia, la Pulla, y las ambiciones de la casa de Hauteville en perjuicio de los dominios bizantinos. Por esta razón causó gran desazón en Constantinopla la muerte de Federico I Barbaroja, aunque por otro lado se celebraba junto con su victoria sobre los seldyúcidas la desavenencia permanente entre los hijos de Kilich-Arslan que era una garantía importante para la seguridad del imperio por aquel lado.

Con los comerciantes italianos observó Isaac una conducta muy distinta que con las huestes alemanas, procurando ponerse con ellos en buenas relaciones y hacerles olvidar el

profundo rencor que había engendrado la matanza horrosa del año 1182. En el mes de febrero de 1187 reconcilióse también con la república de Venecia, porque el año antes el almirante siciliano Margaritone, con la cooperación del usurpador de la isla de Chipre, había destruido una escuadra griega considerable destinada á reconquistar esta isla, en cuyo fracaso había quedado el Mar Egeo completamente abierto á todos los corsarios. En el tratado de paz que se firmó en 1189 y que recibió algunas ampliaciones dos años despues, confirmó el emperador á la república todos los privilegios concedidos por sus predecesores desde el año 1082, libertad de comercio en todo el imperio y un barrio en la capital. En cambio se obligaba la república á enviar en casos determinados fuerzas marítimas al auxilio del imperio, y concedía al emperador el



Bracteado con la figura ecuestre del emperador de Alemania Federico II Barbaroja

derecho de llamar en caso urgente á su socorro á todos los venecianos con sus buques, domiciliados en las cercanías del Mar de Mármara y de las vías marítimas, en especial la del llamado Brazo de San Jorge, hasta los establecidos en Adrianópolis, Abidos, Biga, Filadelfia en el Asia Menor y en la Misia. Un procurador nombrado por la república, debía residir en Constantinopla, ser el director de la colonia veneciana y velar por el cumplimiento exacto del tratado.

En 1192 hizo el emperador también la paz con los pisanos y en 1193 con los genoveses, confirmando á unos y otros sus antiguos privilegios.

Una gran desgracia fué la sublevación búlgaro-válaca, y se supone que en 1190 sufrió Isaac personalmente una gran derrota cerca de Beroea en Tracia, en cuya consecuencia los búlgaros tomaron y saquearon ó ocuparon permanentemente ciudades como Varna, Anquialo, Nich, Triadiza y otras. No obstante fueron rechazados en 1193 hasta mas allá de las ruinas de Triadiza; y los servios quedaron también completamente derrotados á orillas del Morava despues de haber saqueado la ciudad de Skópie. Al año siguiente sin embargo, volvieron á penetrar los búlgaros, válicos y cumanos en el interior de la Tracia y derrotaron á las tropas bizantinas mandadas por el mismo emperador cerca de Arcadiópolis, hoy Chatal-Borgas.

Entre tanto el orgulloso emperador Enrique VI de Alemania había subyugado al partido normando en Sicilia, y se había hecho dueño ya de la isla. En Palermo encontró á la viuda de Roger, hijo de Tancredo, la encantadora Irene hija legítima de Isaac Angelos, y al instante proyectó retenerla para casarla, como lo hizo por Pentecóstes del año 1197, con su hermano Felipe, á fin de adquirir así derechos sobre el trono de Constantinopla.

Habíase dirigido Isaac Angelos en sus apuros al emperador alemán solicitando un cuerpo auxiliar de tropa alemana,